

indagación juiciosa de una estructura narrativa que se ajuste a su voz interior colmada de voces y de experiencias de lectura. Esto es, que bajo el aparente "juego de espejos" que plantea el oficio apócrifo, se presiente un solo espíritu, del que, finalmente, procede la consonancia interna de las seis cartas relato que componen el libro.

Siguiendo esta idea, agrega el prólogo que Gloria Guardia "rompe con la dicotomía sujeto-objeto practicada en el análisis literario" (pág. 10). Con ello se enfatiza no solamente el carácter literario que de por sí tiene la obra sino, de nuevo, el gesto crítico. Sin embargo, la autora de *Cartas apócrifas* nos presenta, más allá de una manera lúdica de llevar a cabo la lectura crítica, una rigurosa pasión por la escritura. Lo uno como pretexto y requisito de lo otro. Ejercicio similar han realizado en lengua española Fernando Savater y Antonio Beneyto. El primero, "jugando" con el monólogo apócrifo en *Criaturas del aire* (Planeta, 1979), pasa revista por disímiles personajes de la literatura universal que van desde Ulises y Dulcinea hasta Sherlock Holmes y Tarzán. El segundo, dirige sus propias *Cartas apócrifas* (Devenir, 1987), entre otros, a Protágoras y "Galadali".

No son estas cartas de Gloria Guardia de la estirpe de aquellos escritos apócrifos antiguos —como los que se atribuyen a las Sagradas Escrituras—, revestidos de hermetismo y causantes de milenarias polémicas. Son, por el contrario, textos que revelan la más pura condición humana de un selecto grupo de mujeres poseídas por una aguda sensibilidad, protagonistas de sus propios dramas y, sobre todo, estigmatizadas por la escritura como destino: Teresa de Jesús, Virginia Woolf, Teresa de la Parra, Gabriela Mistral, Simone Weil e Isak Dinesen. La confesión, la locura, la enfermedad, la solidaridad y la aventura, son algunas de las claves que van marcando el itinerario de un viaje interior, proceso de conocimiento a través de la palabra, la evocación íntima y la desnudez del espíritu. Ejercicio, en todo caso, místico de quien trasciende los meros acontecimientos, lo anecdótico, para bucear en el amor, el dolor y la muerte. La autora deja para el final a Isak Dinesen, bajo el título de

"La venganza de la verdad", significativo cierre para este libro con un personaje en sí mismo apócrifo, es decir fabuloso: la "Sherezade nórdica", baronesa Karen Blixen de Rungstedlund, maestra de la impostura, paradigma del espejo y de la polifonía: "A mí, el que ríe, tal como lee mi nombre en hebreo, me fue dada la tarea de escribir el guión que me ha dictado el Dios de la Historia. Y a usted, Baronesa, —la que desde hace años traza un rictus de sarcasmo en sus labios—, se le ha impuesto el quehacer de lanzarse con bríos a recitar los diálogos de esta comedia" (pág. 149).



Gloria Guardia se aventura con pasión en la epístola como ceremonia de purificación y de síntesis. Un solo balance vital a través de seis voces distintas. El lector, depositario gratuito de un mensaje cifrado, participa del juego literario mediante un mecanismo semejante al que dio origen a la escritura de estas cartas —apropiarse de la voz de otro—: apropiarse del oído de otro.

PATRICIA VALENZUELA R.

Libros hablados

Teoría y aplicación de las historias locales y regionales

Otto Morales Benítez

Universidad de Caldas, Manizales, 1995, 524 págs.

Dígase, para empezar, que se trata de un libro que amerita mejor edición, sin la ostensible pobreza, ineptitud o tacañería que economiza el diseño, el pa-

pel, la encuadernación y hasta la corrección de pruebas. En página 175, al final, donde debe decir *godo malo*, se lee "gordo malo", porque la "digitadora" estaba pensando en el novio. O por algún otro motivo, que induce a suspicacia: en página 182, al comienzo, donde debería decir *millares de exiliados*, aparece "militares exiliados", que no es lo mismo, sino todo lo contrario. Las erratas empañan el texto. En página 133 se sitúa el gobierno de Olaya "Herrea" en "1993". En página 82, al comienzo, dice esto: "En la mayoría de las veces, ese poder que dimanaba de la tierra con el 'gamonalismo' político social, sin límites, ni el abuso sexual".

¿Por qué iniciar una reseña informativa con las erratas? Porque es necesario sustentar la primera frase. Y porque, si las erratas de sus libros no han matado al doctor Morales Benítez, ello se debe a su resistencia física. Entre escritores, las erratas en los libros de los demás son un chiste interminable; en los propios, una pesadilla. Que no se evita con la entrega de un disquete al impresor, porque alguien se encargará de dañar lo que estaba bien. Si el autor reclama, la culpa será siempre de la computadora. No pueden producir buenos libros operarios que no han leído ninguno, "por no correr el riesgo de un derrame cerebral", como escribió Bernardo Arias Trujillo a propósito de Roberto Urdaneta Arbeláez. El lector que paga caro por un libro plagado de erratas, se siente estafado. Por eso los libros del sello Oveja Negra se pueden arrojar tranquilamente a la basura, excepto algunos de García Márquez. He hablado con editores. Responden que, puesto que los libros no se leen, nadie se da cuenta de las erratas. Y los impresores consideran como enemigo al corrector de pruebas, porque les hace "perder tiempo". El lector prefiere, entonces, el libro extranjero.

Compuesta para estudiantes de historia, futuros historiadores, la obra es una recopilación de ensayos, conferencias magistrales, discursos, prólogos, presentaciones de libros y charlas, todo encadenado por un tema que se enuncia cabalmente en el título general, y del que su autor, como buen maestro, presenta por capítulos la teoría y la práctica. Su claridad conceptual y expositiva

suele ser cuestionada por quienes preferirían un lenguaje menos directo, que ocultara las trágicas verdades de Colombia, no por vergüenza, sino por hipocresía y para salvaguardar los turbios intereses de grupos de poder.

Al doctor Morales Benítez no le queda bien, y por eso no se le da, el título de maestro; como no le queda bien a san Gregorio Hernández el título de santo, no sólo por el apellido, sino porque usa sombrero en lugar de aureola. El título de doctor, que expenden las universidades, ha perdido prestigio. El título de maestro, que otorga un pueblo y sólo dan los años y las muchas obras, ése es el verdadero honor de un hombre público. Pocos lo alcanzan, está muy por encima del fugaz y desacreditado título de Presidente, y tiene la garantía de que no se puede usurpar. A san Roque le queda bien el sombrero, por ser una gorra vieja de labrador. Pero el sombrero del doctor Morales Benítez tiene una prestancia excepcional. Casi una corona. Y el maestro coronado es Jesucristo.

En la época de la información se vive el fin de la dialéctica: millones de loros gritando su discurso por todos los medios, sin atender a los demás, y, por supuesto, sin ser tampoco escuchados para nada. Es el doctor Morales Benítez uno de los últimos dialécticos que, en defecto de los antiguos ideales de Verdad y Belleza, buscan claridad. Las guerras del siglo oscurecieron el mundo. La luz de hoy resulta sospechosa. A menudo proviene de explosiones cerebrales.



Un país desorganizado por la violencia endémica se vuelve frívolo y apático. La falta de esperanzas reduce sus posibilidades. Los más rápidos huyen a tiempo. Se ponen a salvo. Los fatalis-

tas asumen su destino. La tragedia que vive Colombia no es épica. Es la degradación progresiva de un pueblo, como lo muestra la historia: hace cien años, se lee en página 372, "no había un solo signo de respeto por los derechos humanos". A fines del siglo XIX, dice en página 364, "un cansancio infinito se apoderó de la nación". El siglo XX transcurrió, pues, de mal en peor. De nada ha servido contar con algunos hombres excepcionales. Su voz se pierde en el desierto.

En un país serio, una obra como la del doctor Morales Benítez tendría la audiencia respetuosa que en Colombia no existe para nadie. Si los colombianos quisieran borrar su historia, por algo será. Pero no van a poder. Cada día la embarran más.

La palabra del doctor Morales Benítez es la verdad sin tapujos, con entereza, con sabiduría y con amor. Una lección de dignidad. Por eso resulta incómoda para muchos, y en consecuencia sus libros quedan restringidos a ediciones universitarias, o de entidades sin ánimo de lucro, que se regalan o se dan por canje. Nada producen al autor ni al editor, pasan desapercibidos, pierden eficacia, se desaprovechan con insensatez. Colombia es un país en abandono (importamos maíz), y por tanto en decadencia. El optimismo de unos pocos, como el doctor Morales Benítez, equivale a apuntarnos con oraciones.

Un escritor, en buen sentido, debe ser guía y orientador (ver la historia). Aun los Estados Unidos, después de la segunda gran guerra, necesitaron de sus escritores para forjar el lema "vivimos por algo, o morimos por nada". Ese concepto se perdió en Colombia, en donde se ha adquirido una perturbadora capacidad de disolución. Como dirigente, el doctor Morales Benítez propone el optimismo: No perder la fe. No desfallecer. Trabajar en la adversidad. Confiar en un futuro. Animar a los demás. Empezar labores útiles, que generen respuesta. Enfrentar con ánimo positivo la catástrofe. Es la filosofía de la emergencia, para tiempos difíciles. Un país en derrota no atiende esas voces. El desastre sigue su curso.

A falta de argumentos en contra, se suelen tachar sus libros de no estar muy bien escritos en punto a estilo, lo que

no importa, porque son libros hablados, para un pueblo iletrado como es Colombia al finalizar el siglo XX. Un hombre tan ecuánime que no debiera tener enemigos, los tiene, disfrazados de amigos. Dicen sus amigos que insiste. Insiste, porque sabe muy bien a quiénes se dirige, y entiende que es necesario repetir a gentes desentendidas, aleladas, desmotivadas.

Lo denso y suficiente no interesa a las nuevas generaciones de lo breve y escaso, rápido e inútil, que caracteriza a la llamada cultura *light*, semejante en sus orígenes y resultados a la *belle époque*, período decadente, que anuncia una crisis y precede a una guerra.

Nadie se mete en política pensando en ayudar a los demás, sino en que los demás le ayudarán a él; que él se servirá de ellos. Una excepción, el doctor Morales Benítez. Se dice que no fue presidente de la república porque no quiso, pues tenía el respaldo de su partido y de numerosos conservadores en 1982. Fácil darse cuenta de que eso sucedería. En 1980 visita, en Recife, al poeta Geraldino Brasil, quien escribe a este redactor, en carta de diciembre de 1981:

Li o livro de Otto, Reflexiones Políticas. Livro excelente. Em todos os seus escritos ele se dá inteiro, com grandeza.

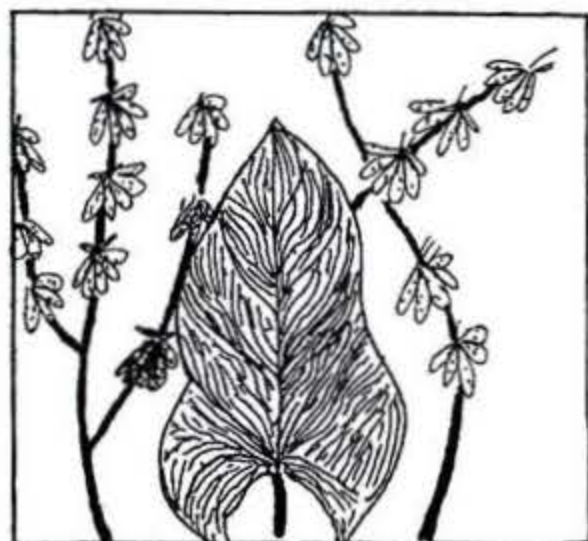
Lamento que, com os seus propósitos, as "conhecidas forças ocultas", não possa alcançar o poder. São forças fortes. Talvez ele seja mais para "uso externo", como Ruy Barbosa foi aqui, como candidato. É uma pena e profundamente o lamento.

E que grandeza e humanidade ele daria ao Governo. E, no Governo, que grande voz da América.

Logo que possa vou lhe escrever demoradamente sobre suas Reflexiones, livro que diz das grandes dimensões desse homem admirável.

Cuando la reseña de libros se especializa, se convierte en un texto académico, aburrido. Ya es hora de volver al pasado, que es lo que se hace cada vez que se quiere modernizar alguna cosa. Que la reseña tenga un atractivo inesperado. No hay arte sin sorpresa. Y para

que el subgénero deje de ser humilde. La palabra *humilde* me exaspera.



Una parte del libro que se reseña fue publicada por la Universidad Autónoma de México con el título *Trascendencia, dimensión y proyección de las historias regionales y locales*, en edición de quince mil ejemplares para distribución continental, con excepción de Colombia, en donde ningún librero se interesó, porque aquí la ensayística tiene escasa demanda, la historia muy poca, y los autores colombianos menos. La edición que comentamos fue de un mil ejemplares, lo que significa que la obra sigue inédita, por su reducido alcance. Razón para que esta reseña procure ir más allá de sus límites, en atención a la importancia del tema, concordante con la orientación que se ha querido dar a los departamentos de historia en las universidades.

El desarraigo de las poblaciones por la violencia se constituye en un impedimento insalvable en el proceso de investigación de las historias locales y regionales en el presente siglo. Con el éxodo se dispersa la memoria colectiva, el apego a la tierra se convierte en odio, y así se pierde definitivamente la posibilidad de recuperar para la historia los materiales que hemos despreciado por demasiado tiempo. En muchos casos sólo quedan viejas monografías municipales, no siempre fiables por las intenciones que las inspiraron.

El más largo y cruel capítulo de la historia colombiana es el desplazamiento de las poblaciones por la violencia política durante todo el siglo XX, con proyección al XXI. Algunos escritores lo niegan, ocultan o tergiversan, aprovechando la indiferencia que existe por los estudios históricos, lo cual obliga a repetir la verdad, para que no se olvi-

de. Léanse las páginas 286 a 288 y 302/3. Como usted no tiene el libro a la mano, empiece con esta cita: "La violencia irrumpe, huracanadamente, en el año de 1946 en el departamento de Caldas y en el país. La operación se dirigió desde el Gobierno. En esa batalla contra un pueblo desarmado, que no estaba en beligerancia, los dirigentes del Estado comprometieron a las Fuerzas Armadas. Sus características alcanzaron una sevicia sin atenuantes. Fui testigo excepcional, pues presidía, en Caldas, el directorio departamental del liberalismo. Durante años, pasé escuchando el relato de salvajismos inimaginables, que no es capaz de organizar la imaginación novelística más diabólica. No hubo control en el terror". Inútil refutarlo. Existimos muchos testigos.

Con abundantes citas y testimonios, útiles para cimentar argumentos ante gentes desconfiadas, víctimas de constante campaña de desinformación, el doctor Morales Benítez expone y analiza ejemplarmente nuestra realidad histórica, criticando con duras razones la orientación que toma Colombia hacia el final del siglo XX. En página 222 nos advierte que "en esta hora de desolación moral de la república [...] estamos errando el futuro".

"La desesperación colectiva ante el imperio agresivo de la violencia" (página 223), produce un clima adverso a cualquier actividad cultural, incluido lo académico. Es la forma en que la guerra se propone liquidar una democracia imperfecta, para sustituirla por una dictadura de largo plazo, que acabará por asfixiar el poco aliento que todavía persiste en algunos sectores.

Témale al hombre que ríe. También se reirá de usted. No hay cólera como la del hombre que ríe. Su ira concentrada y serena puede hundir el piso bajo los pies de usted. Si es escritor, sus sentencias abruman cualquier fortaleza. Su impronta es imborrable. Sus maldiciones, bien calculadas, se cumplen al pie de la letra. El hombre que ríe sabe muy bien de qué se ríe. Usted cree que está alegre. Pero puede estallar.

La historia de Colombia no autoriza el optimismo hacia el siglo XXI. Basta observar cómo se ha procedido, para saber cómo se procederá. La revolución violenta lleva al retroceso. Un cuerpo

con dos manos enemigas no sobrevive. Eso lo sabe hasta un psicólogo. Defecto congénito de Colombia. La pobre nació así. La única revolución verdadera la proporcionan la ciencia y la tecnología, que ya han hecho muchas revoluciones mientras la guerrilla sigue en contravía.

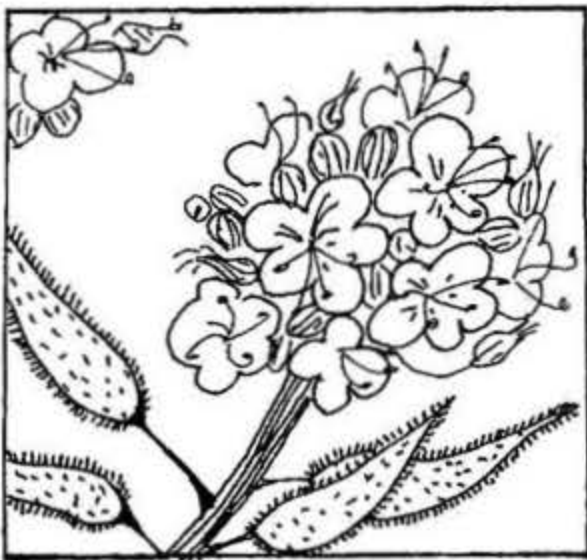
Se dice que Colombia es un capítulo de Ripley. Hace pocos días fui a comprar los acostumbrados tumes en hojas de bihao. Me informaron que las autoridades sanitarias prohíben envolver comestibles en hojas. Que ahora vienen en pulcro celofán, y los tamales en papel de aluminio, para proteger la salud de los colombianos. Me pregunto si las armas que todo el mundo tiene desenvueltas, y que disparan día y noche a diestra y siniestra, ésas sí son muy higiénicas, señor ministro de salud.

En la línea de los principales escritores, el doctor Morales Benítez expresa sus convicciones patrias con energía, con la seguridad derivada de su experiencia, y con ánimo firme y sereno. En eso consiste la importancia de su magisterio. Los jóvenes literatos, cuyo único tema es su propia persona, piden el reconocimiento público por hablar de sí mismos. Cada uno se considera el ombligo del mundo. Pero el tiempo dará una medida a la grandeza.



El viejo lema "Por la razón o la fuerza", adoptado por todos los antagonismos, permanece vigente en Colombia, impidiendo la libertad de expresión, y por tanto coartando el pensamiento. Contra esa herencia impositiva de la inquisición y el medievo, que Colombia se empeña en mantener con el fanatismo inexorable de nuevas generaciones de torquemadas resucitados, el doctor Morales Benítez advierte, alecciona, previene, convoca y compromete-

te. La diversidad y amplitud de su trayectoria intelectual le permiten poseer una visión de conjunto que pocos manejan en la época de la especialización única y el analfabetismo ilustrado. Con el matiz de la anécdota oportuna, y el dato sorpresivo de su opulenta erudición, los libros hablados del doctor Morales Benítez constituyen una perdurable reflexión sobre el destino de una patria que él quisiera civilizada y próspera para todos.



La Universidad hizo el libro con la mejor intención. La reseña también se hizo con la mejor intención. Ni lo uno ni lo otro logran su cometido. Porque la reseña no puede ser más larga, ni el libro podía tener un mayor coste. Todo lo que se hace en Colombia queda incompleto, porque se marcan demasiados límites, como es el caso de las reformas sociales. Y así llegamos a la guerra.

JAIME JARAMILLO ESCOBAR

Biografía de un libro

García Márquez: el viaje a la semilla

Dasso Saldívar

Editorial Alfabuara, Santafé de Bogotá, 1997, 611 págs.

Nadie se sienta engañado: a pesar de sus más de seiscientas páginas, la biografía de Gabriel García Márquez por Dasso Saldívar no es la *summa* de su experiencia vital que la publicidad extraoficial ha sugerido. No es la biografía total (aunque en ello vaya una re-

dundancia, y en la expresión contraria una contradicción), ni la empresa exhaustiva de reconstruir la vida de un hombre que no ha muerto. Diría, más bien, que se trata de la biografía de un libro, en el sentido siguiente: las seiscientas páginas apuntan hacia un solo objetivo, que por momentos parece excluyente: la obra literaria que es *Cien años de soledad*. Nadie se sienta engañado, pues, porque son ajenas al propósito del autor las voces que han pretendido (quizá sin haberlo leído), que este libro es aquello que no es, aunque al título siga la anotación de pretensión omnipotente: *La Biografía*. Desde sus primeras líneas, la intención de Dasso Saldívar es declarada. Lo que le interesa (y lo subraya también la contraportada) es rastrear la ocurrencia de una novela desde muchos años antes de que su inventor naciera. El proceso de gestación de *Cien años de soledad* es el cristal a través del cual se valoran, se agradan o se menosprecian los hechos y las leyendas de la vida de García Márquez, el contenido de sus obras anteriores y la relación difícil y esquiva entre el autor y sus libros.

Así mirada, *García Márquez: el viaje a la semilla* constituye uno de los esfuerzos más notables de la crítica por establecer la profundidad y lo complejo del proceso que desembocó en *Cien años de soledad*. La tesis es clara: se trata de una novela escrita hacia o desde una circunstancia esencial: la indagación en los propios fondos, la jornada en pos de la tradición de la que el autor proviene. En García Márquez, esta tradición es una de historia familiar y, paralelamente, de historia del Caribe. Bajo la luz de Saldívar *Cien años de soledad* aparece como el resultado necesario e inevitable de cada uno de los accidentes ocurridos en la vida de Gabriel García Márquez, y quizás en la de sus antepasados, hasta julio de 1965, fecha en la que, novedosamente y no sin argumentos sólidos, cree el biógrafo que comenzó la redacción de la novela. Semejante tesis de teología de la vida hacia un libro, tan lapidaria como fascinante, conduce a ciertos desafueros, exageraciones, gratuidades, que hay que señalar al mismo tiempo que el valor incontestable del estudio.

Desde la mitad de este siglo se considera de manera abstracta, y siempre dejando a salvo la soberanía de la opinión, que existe un modelo de biografía literaria, una especie de canon autoritario aunque no invulnerable de esa disciplina: el *James Joyce* de Richard Ellmann. Es verdad que aun los libros de Stefan Zweig, que guardan otra intención y otro tono, parecen ensayos sin rigor al lado de la biografía de Joyce. Ignoro si Dasso Saldívar conocerá o no esa obra, pero su trabajo tiene aspectos que invitan a la comparación: pues el esfuerzo investigativo (me refiero a la investigación no libresco) es inmenso, la objetiva ausencia del autor es la necesaria, y la abundancia del material trabajado otorga al lector seguridad y confianza. Su prosa no tiene la experiencia de la de Ellmann; era difícil esperar que la tuviera.



En efecto, lo primero que llama la atención es la cantidad de "material oral" con que trabaja el libro. Quizá ello sea la causa del contraste existente entre los capítulos previos a la publicación de *La hojarasca* y los posteriores. Son, en verdad, cientos de entrevistas las que realizó Dasso Saldívar para reconstruir los aspectos más ocultos de la vida del joven García Márquez. Para hacerlo, se remonta a los orígenes de su estirpe con la seriedad de un genealogista, y establece y valora la información recibida como un historiador. Las conversaciones con los familiares del escritor, con sus amigos más cercanos y con los que apenas lo conocieron en Colombia o en México o en París o en Venezuela, con sus profesores o con simples coterráneos, abundan en memoria histórica o a veces en sencillos detalles curiosos que enriquecen una biografía que se leerá generalmente por puro placer.